

Sr. Carlos Esteban Deive
Escritor, narrador y dramaturgo

Semblanza del Galardonado

“Marcio Veloz o la Pasión por el saber”

La vida de un hombre, cualquiera que sea su status social y su oficio, es una lucha permanente por realizar su personal e intransferible vocación en un tiempo histórico concreto. Ese tiempo, durante el cual el hombre tiene que esforzarse en labrar su programa de vida, se compone siempre de ciertas corrientes intelectuales, morales y políticas. De todas ellas, unas son adversas a su vocación individual, lo que lo obliga, quiera o no, a ser tal o cual hombre. Otras, en cambio, le son propicias. La vida de un hombre, pues, constituye un precioso teorema entre su vocación y su circunstancia.

En el caso de Marcio Veloz Maggiolo, de quien se me ha encomendado que ofrezca a ustedes una breve semblanza acerca de su vida y obra –encargo que me honra y agradezco-, su vocación de escritor y de humanista se ha cumplido cabalmente, a plenitud, tal y como ordena Píndaro: “llega a ser lo que eres”. Consecuente con ese mandamiento, pero sobre todo con su íntima y secreta conciencia, esa voz interior y silente, a la vez monólogo y diálogo que nos reclama imperiosamente que seamos lo que tenemos que ser y no otra cosa, Marcio Veloz Maggiolo ha sabido edificar día a día, tesoneramente, con perseverancia indomable, su auténtico destino, un destino que de ningún modo culmina hoy con este acto solemne que lo consagra como Premio Nacional de Literatura 1996, el más alto galardón que se concede a un dominicano por el conjunto de su obra.

Dije antes que se me ha solicitado una semblanza de Marcio Veloz Maggiolo pero debo advertir que me he negado a sujetarla a las exigencias asaz rigurosas y graves de la crítica, cuya disciplina y método, por inexcusables y rígidos, me vedarían la libertad de expresar a gusto y capricho mío lo que deseo expresar de nuestro homenajado. La crítica es como la doctrina y tiene como ella, una estructura orgánica que nos

impone sus reglas, inexorablemente intolerantes para todo cuanto se aparte del dominio de la razón. Lo que yo quiero, pese a la majestad de este acto, es hablarles de Marcio Veloz Maggiolo no con la razón, sino con el corazón y el sentimiento, los cuales no excluyen mi compromiso con la verdad. Sé que, al obrar de este modo, quedo ante ustedes con una onerosa deuda intelectual, pero espero que concedan entero crédito a mis palabras, que no por ser fruto del entrañable afecto y admiración que profeso a Marcio Veloz Maggiolo dejan de ser ciertas.

Conocí a Marcio Veloz Maggiolo hace ya la friolera de treinta y siete años. Fue en El Caribe, el viejo periódico de la calle del Conde, donde los dos desempeñábamos a regañadientes el ingrato oficio de correctores de pruebas. Un interés común. El de la literatura, así como una misma y visceral aversión a la tiranía trujillista, nos unió de inmediato. Entre galera y galera, de regreso a casa en horas de la madrugada, paseando por el Malecón, en las tertulias de las cafeterías, conversábamos animadamente de todo lo divino y humano, trazábamos planes, esquemas de cuentos y de novelas y compartíamos, en perfecta sintonía, ideas, lecturas, esperanzas y decepciones. Sobre el país planeaba la sombra torva, siniestra y trágica de la satrapía y, sin embargo, el mundo se nos presentaba como materia blanda y plástica con la que pretendíamos moldear nuestros proyectos de vida. Juntos ingresamos a la entonces Universidad de Santo Domingo a estudiar Filosofía y Letras, juntos contribuimos, ya como periodistas y en la medida de nuestras posibilidades, a combatir en la clandestinidad al trujillato, juntos volvimos muy pronto a nuestra Alma Mater como profesores de Historia de la Cultura, y conjuntamente se nos expulsó del periódico, a Marcio por negarse a escribir un reportaje que favorecía las insaciables apetencias crematísticas de Petán Trujillo y, a quien les habla, por haber sido atrapado por la cámara indiscreta de un fotógrafo del periódico cuando asistía a un hecho histórico: el mitin que el Partido Revolucionario Dominicano, recién venido del exilio, celebró en el parque Colón para reclamar el fin del régimen. Así surgió, creció y maduró una amistad firme y sólida como una montaña de acero, inquebrantable e inmune a vicisitudes y avatares, que no fueron pocos. No debe sorprenderles, por tanto, que en lugar de examinar la biografía y obra de Marcio Veloz

Maggiolo con la fría curiosidad del que, escalpelo en mano, disecciona un cadáver, prefiera hacerlo desde la emoción y el cariño que le tengo. Gracias a Dios, la amistad no tiene nada que ver con la necrofílica patología.

Marcio Veloz Maggiolo nació en 1936, en el barrio capitalino de Villa Francisca. Allí, en ese barrio eminentemente popular, recibió, aprendió y absorbió las corrientes de su tiempo. Allí, también, halló ante sí cierto sistema de creencias y, por encima de él, cierto repertorio de valoraciones, actitudes, inclinaciones y estímulos, en suma, lo más decisivo para su existencia particular. De ahí que el perfil viviente de Marcio Veloz Maggiolo esté construido no solo de lo que heredó de su pasado, sino además de lo nuevo que desarrolló y aclaró, puesto por él originalmente, como un germen, en el futuro. Basta con hurgar un poco en la obra de Veloz Maggiolo para que tropecemos, en gran medida, con Villa Francisca y su variopinto y heteróclito escenario. Una y otra son la materia prima que conforma una parte importante de su narrativa. No en vano tituló así, "Materia Prima", una de sus novelas.

Puro y enardecido intelectual, para conocer a Marcio Veloz Maggiolo en su intimidad, en su yo personal, como mero hombre de carne y hueso, es preciso filiar su manera de ser, sus gustos, lo que pudiéramos denominar su morada interior. Ese rostro suyo un tanto serio y melancólico esconde, no obstante, un espíritu sencillo y exquisito, humilde pero estelar, de temperamento reposado y tranquilo. No se trata, entiéndaseme bien, de que en su fondo apunte el hastío de vivir, el *spleen* o lo que, en los claustros medievales, se llamaba *acedia*. Lo que acontece con Marcio Veloz Maggiolo es que el mundo le parece a un tiempo tan lleno de cosas y posibilidades y tan vacío de valores que bien puede hacer suyo el verso de Petrarca: *Sento sempre nel mio cuor en ché d'insodisfato*, "siento siempre en mi corazón un no sé qué de insatisfecho", razón por la cual vive preguntándose agónicamente por el significado de las ciencias, de las letras, para qué sirve, qué valor tienen y qué debemos hacer con ellas, pero una vez concluido este ejercicio agotador y a menudo inútil, se entrega al diálogo cordial y ameno con los amigos, prende su aparato de radioaficionado para comunicarse con un

argentino o un finlandés y escucha solazadamente uno de sus boleros predilectos. ¿Sabían ustedes que Marcio Veloz Maggiolo es un auténtico especialista en ese género musical? Pues lo es, y tanto que, a su doctorado en Historia de América, obtenido en la Universidad Complutense de Madrid, se le podría otorgar otro honorífico en bolerología.

Varias son las virtudes que adornan a nuestro flamante Premio Nacional de Literatura. Una de ellas es la de la serenidad, que, si en algunos luce como una técnica vital deliberada, como un arma para andar por el mundo, en él obedece a la espontaneidad de su carácter. Serenidad que, a la hora de su quehacer como escritor, desaparece para embriagarse con las palabras, incluso con las que él mismo inventa para deleite de sus lectores, tal como otros se embriagan con el vino, las mujeres o las batallas. Otro rasgo peculiar de Marcio Veloz Maggiolo es su desprendimiento, su generosidad. En los treinta y siete años que llevo bregando con él, jamás he visto que regatease su ayuda a quien se la solicita. Lejos de encerrarse en una torre de cristal y mirar desde su altura desdeñosa, mezquinamente a los demás, los jóvenes escritores que acuden a él en busca de consejo lo hallan siempre dispuesto a brindárselo desinteresadamente, a tenderles su mano de maestro, a ofrecerles su orientación y su estímulo. Gran parte de su precioso tiempo lo emplea en leer manuscritos, en dirigir tesis, en conceder entrevistas, en participar como jurado de concursos literarios o con ponencias en congresos, seminarios y mesas redondas. Marcio Veloz Maggiolo es un educador nato, un formidable animador cultural.

Si hay algo que resume y define los afanes intelectuales de Marcio Veloz Maggiolo, yo diría que ese algo es su pasión por el saber, un saber que se dispara en múltiples direcciones. Nada que concierna al hombre y a la naturaleza le es ajeno. Su curiosidad abarca numerosas disciplinas, en las que se interesa por igual. Los conocimientos de Marcio Veloz Maggiolo son verdaderamente enciclopédicos, pero se equivocaría quien creyese que lo acumula por el simple deseo de saber, de atesorar datos, fechas, nombres y hechos. Marcio no es, ¡líbrelo, Dios de ello!, un erudito a la violenta, ni de esos que alardean de saberlo todo cuando, en realidad, no saben nada sino que se dedican a repetir, como papagayos, lo que han

leído. El inmenso saber de Marcio Veloz Maggiolo es sólo un instrumento que utiliza para insertarse en el mundo, para entenderlo y explicarlo, para interpretarse a sí mismo y comprender lo que le rodea, para proyectarse humanamente y enriquecerse intelectualmente, para recrear la realidad y ofrecérsela estéticamente. Su cultura universal carece de excrecencias de toda índole de fórmulas banales, de tópicos y de letra muerta, de hojarasca. La suya es una cultura vital, sobria, útil y empírica. No está confiando en ella, sino que le sirve de aguijón, de norte y guía de sus pesquisas.

De Marcio Veloz Maggiolo se dice, con toda razón, que es el intelectual dominicano más completo. Su escritura, en efecto, abarca toda pluralidad de géneros literarios y de materias. Es poeta, novelista, dramaturgo, cuentista, ensayista, arqueólogo e historiador. Más lo que nos asombra de él no es esa variedad de intereses. Lo realmente significativo, lo que lo destaca y distingue, es que en cada una de esas facetas de su quehacer ha sabido regalarnos la impronta de su capacidad, de su genio, de su inteligencia privilegiada y de su audacia de creador e investigador. De primera intención, parecería que el oficio de poeta resulta absolutamente incompatible con el de arqueólogo. ¿Qué tendrá que ver, pensarán algunos, una metáfora con un pedazo de barro cocido enterrado tres o cuatro metros y descubierto en un patio, una cueva o a orillas de un río? Algo habrá, creo yo, de común o análogo entre la una y el otro, pues, de lo contrario Marcio Veloz Maggiolo estaría obligado a elegir ser poeta o arqueólogo. Un trozo de olla no es sólo parte de un utensilio fabricado por un hombre o una mujer que habitó esta isla hace ochocientos o mil años. Con él, un arqueólogo, además de reconstruir ese objeto nos revela quiénes fueron ese hombre o esa mujer, cómo vivieron, en qué creían, qué sentían, cuáles eran sus sueños y sus ilusiones. ¿Acaso la poesía no cumple la misma función? ¿No constituye ella uno de los vehículos más idóneos que nos conducen al conocimiento de la realidad humana?

Marcio Veloz Maggiolo se inició en la literatura con un libro de poemas, “El sol y las cosas”, obra pionera, inaugural, pero entrañable y hondamente lírica. A ella siguieron dos novelas de tema bíblico, “Judas” y

“El buen ladrón” novela que, aún cuando versaban sobre esos dos personajes evangélicos, encerraban toda una denuncia de la tiranía trujillista. Sin dejar de ser poeta, Marcio Veloz Maggiolo se enrumbaba decididamente por el camino de la narrativa. No voy a hacer aquí, en este corto tiempo que se me ha asignado y que ya se me está agotando, una lista completa de su producción novelística. Basta con citarles algunos de sus títulos, como “La vida no tiene nombre”, “Los ángeles de hueso”, “De abril en adelante”, “La biografía difusa de Sombra Castañeda”, “Materia prima” y “Ritos de Cabaret”.

Hay, en todos esos títulos, varios denominadores comunes, que son los que identifican y singularizan la narrativa de Marcio Veloz Maggiolo. De señalar es, por ejemplo, la extraordinaria y fértil capacidad imaginativa de nuestro autor. Todo novelista que se precie de tal ha de ser un buen fabulador, y Marcio Veloz Maggiolo lo es en grado superlativo a pesar de que las historias que nos cuenta se afincan en la realidad, no en una realidad cualquiera, sino en la dominicana. Otro aspecto a considerar en su obra es su carácter innovador, la asunción de técnicas y recursos nuevos mediante los cuales nos permite el placer de distintas lecturas. A partir de “Los ángeles de hueso”, Marcio Veloz Maggiolo incursiona inteligente y exitosamente en el experimento formal, que en él no es una moda, un abrazar lo foráneo, una mera imitación o importación de lo efectuado por otros. La interposición de tiempos, la simultaneidad de escenas, el uso de distintas formas verbales, el empleo del monólogo interior se entrelazan y mezclan para, sin descuidar el discurrir del relato, hacernos cómplices de su escritura, partícipes del acto creador, o lo que es lo mismo, coautores. Junto a esas dos cualidades hay que colocar también la de su prosa, limpia y tersa, eminentemente expresiva, decidora y, sobre todo, cuajada de deslumbrantes imágenes poéticas, una prosa que fluye sin agobios, naturalmente. Una cuarta característica de la obra de Marcio Veloz Maggiolo es su inserción en la dominicanidad, tal como queda dicho. Su narrativa reproduce, recreándola, la historia de la República, especialmente la más inmediata y dramática. No es una narrativa de héroes, sino de víctimas, de personajes generalmente marginales y sufrientes, perseguidos por la tiranía o atormentados por un destino incierto y evasivo, derrotados y amargos. El discurso literario de Marcio

Veloz Maggiolo es un grito adolorido, una denuncia estremecedora de una época, sellada por el terror, el crimen rampante y la frustración. Un discurso que nos invita a no olvidar.

El crudo realismo de Marcio Veloz Maggiolo, que maneja con la pluma de seda de la metáfora y tiñe a veces de sarcasmo e ironía, tiene como escenario a Villa Francisca, microcosmos barrial que representa y simboliza a todo el país, pero que es también un trasunto de cualquiera otro. Villa Francisca es nuestra faulkneriana Yoknapatawa. A ella le ha dedicado una saga que se inicia con “De abril en adelante” y prosigue, hasta ahora, con “Materia prima” y “Ritos de cabaret”. Esta trilogía nos muestra a un poeta que toma de la materia bruta el copo con que hila su concepción del mundo. Porque Marcio Veloz Maggiolo es, como Joyce, un poeta en prosa con su correspondiente *Inferno*.

El Premio Nacional de Literatura que hoy merecidamente le otorgan la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Educación es un premio que abraza el conjunto de su obra, la cual incluye también sus trabajos de investigación antropológica. Considerado justamente como el más importante arqueólogo antillano, ha publicado, entre otra veintena de ensayos en ese género, “Arqueología Prehistórica de Santo Domingo”, “Las Sociedades arcaicas de Santo Domingo” y “La isla de Santo Domingo antes de Colón”. Su extraordinaria labor en este campo ha sido recompensada con la medalla Spinder, concedida por un grupo de renombrados científicos de la Smithsonian Institution de Washington.

Diplomático a veces –ha representado al país en México, Perú e Italia- director durante años del Departamento de Investigaciones del Museo del Hombre Dominicano y del Departamento de Antropología e Historia de la UASD, académico en el más estricto sentido de la palabra, profesor visitante de numerosas universidades americanas y europeas, su curriculum está repleto de distinciones: cuatro veces Premio Nacional de Novela, de Poesía y de Cuento; Premio Nacional de la Academia de Ciencias de República Dominicana; miembro de la Sociedad Internacional de Ciencias Prehistóricas y de la Asociación Americana de Antropología... y paro de contar para no cansarles.

La vida de cada uno de nosotros, si bien nos ha sido dada, no nos es dada hecha. Es una tarea, algo que tenemos que hacer y construir cada día, y por eso se halla siempre ante un futuro problemático. No es un *factum*, sino un *faciendum*, una empresa. La de Marcio Veloz Maggiolo, aunque plena de realizaciones, anda todavía por la mitad. Enhorabuena Marcio, y gracias, mil gracias por ofrendarnos lo mejor de ti.